

La música nacional: un milagro inconcluso

Es un domingo en la mañana en el auditorio de la torre CorpGroup, en La Castellana, Caracas. Mientras termina una sesión de bailoterapia en la plaza, a pocos pasos de allí, y otra más alcanza su apogeo dos cuadras hacia el este, en el Centro San Ignacio, en el curioso recinto en forma de V —lo que se forma cuando dos salas independientes se abren a la vez y usan el mismo escenario—, el cuatrista, guitarrista, compositor y arreglista venezolano Aquiles Báez inicia con sus músicos un recital para un público que, como diría un viejo cronista de espectáculos, se le ha entregado desde el principio. Báez lo ha convocado para que escuche en vivo su disco

más reciente, *La patilla* (del sello Cacao Música), y la verdad es que no parece tener que esforzarse mucho para convencer a la audiencia. El aire está tan cargado de admiración y de entusiasmo que los intérpretes casi no pueden sacarse la sonrisa de la cara, con la excepción del meditativo saxofonista Pablo Gil. Pero se ve que tocan con intenso gozo el contrabajista Roberto Koch, el percusionista Diego «el Negro» Álvarez y ni hablar del baterista Adolfo Herrera. Lo mismo pasará con los músicos que luego se incorporarán, como el pianista Gonzalo Grau. Báez bromea con la gente y con sus compañeros, derrochando un buen humor de gordo feliz, y todo el mundo sale ganando, porque el concierto es de primer nivel y sólo

Bulle la escena sonora en Caracas y el interior, con experiencias que van desde el sistema de orquestas hasta la electrónica y el jazz. Hay locales para escucharla en vivo, apoyo de buenas salas de concierto e incluso alianzas como la Movida Acústica Urbana. Pero no es todavía el momento de dormirse en los laureles.

RAFAEL OSÍO CABRICES

ha costado ochenta bolívares la entrada. El público revienta cuando Adolfo Herrera y el Negro Álvarez hacen un solo de cajones y cuando Báez se concentra para tocar, solo con su guitarra, una maravillosa pieza que compuso para su madre.

Es un concierto de lo que afuera llamarían *world music*, una base de géneros tradicionales venezolanos —merengue caraqueño, zanguo yaracuyano, por ejemplo— coronada por un montón de improvisación jazzística. Y es sólo uno de los muchos que hoy en día se hacen en Caracas, una ciudad que con sus miles de homicidios al año, sus colas de tres horas, sus apagones, su inflación y sus conflictos se ha convertido en un hervidero de música local de muy alta calidad. Algunas semanas después de ese concierto del ensamble de Aquiles Báez, abren el escenario del Aula Magna para el uruguayo Jorge Drexler los tres cuatristas de C4 Trío, que no tienen, al menos por el momento, el prestigio internacional de Báez (de hecho, uno de sus padrinos), pero que ya han aprendido a enloquecer al público. Son jóvenes y son buenos, y quieren demostrarlo: luego de varios minutos de espectacular sincronización y de violentos acelerones en los

que uno cree que se les romperán las muñecas, cierran su intervención con un acto de acrobacia. Se acomodan para que cada uno toque con su mano derecha su propio cuatro mientras con la izquierda ajusta el acorde en el trastero del de su compañero de al lado. Los aplausos son tan fuertes que hacen preguntarse si la verdadera estrella de la noche, Drexler, podrá superarlos.

Y hay para todos los gustos. En el Centro Cultural Chacao se ha reunido con sus nuevos y viejos fanáticos el compositor, cantante y guitarrista de rock Yatu, un sobreviviente de la legendaria banda punk Seguridad Nacional y un personaje único en el rock venezolano: cincuentón,



delgado, calvo, tocado con un sombrero, es la mezcla perfecta de un cantante criollo con un artista folk de los sesenta. Vive en Falcón, tiene temas como «Churuguara Blues» y hace un entrañable *blues rock* básico de bajo, guitarra, batería y armónica que compensa con honestidad lo que le falta en formación académica. Entre quienes lo escuchan y luego compran sus discos están los antiguos fanáticos de Seguridad Nacional, pero también muchachos de dieciséis años en busca de los orígenes de un rock que se ha complicado y comercializado demasiado.

Si de adolescentes se trata, de hecho abundan en el Festival Nuevas Bandas. La edición de 2009, que como la anterior se realiza en la plaza La Castellana, bajo la sombra de la torre CorpGroup, los reúne por toneladas en su noche final. No cabe más nadie en la redoma cuando tocan los panameños de Señor Loop, justo antes de que den los resultados del certamen y cierre Candy 66, una banda salida de ese festival que hoy tiene sus videos circulando por MTV y acaba de presentarse en el Rock al Parque de Bogotá, el festival de música joven más grande de América Latina. La muchedumbre de estudiantes de bachillerato y de educación superior, en sus diversos estilos —*skaters*, góticos, *punks*, rastas, neo *hippies*, revisionistas del *grunge*— invaden las puertas de los restaurantes y los altos del McDonald's, en busca del mejor punto para ver y oír.

Algo está pasando en Caracas, y no tiene que ver solamente con la música venezolana o el rock. El extraordinario vibrafonista Alfredo Naranjo se mudó de El maní es así, en Sabana Grande, a Barrabar en el centro comercial Mata de Coco, para establecer una noche semanal de salsa en el este de la ciudad. Hay un movimiento importante de DJ, que produce discos, hace conciertos masivos y elabora continuamente comentarios sonoros de repertorios tradicionales como el de Simón Díaz o Aldemaro Romero, y proyectos también electrónicos como Masseratti 2lts, fundado por dos hermanos con un talento especial para hacer música con máquinas.

Algo está pasando, y no es sólo en la capital. Es una efervescencia, un renacimiento cultural en medio del oscurantismo de la política y la amenaza permanente de la violencia urbana. Algo que trasciende la fama planetaria del sistema de orquestas infantiles. Más allá de Gustavo Dudamel, bulle un mundo. Un panorama de la riqueza que este movimiento tiene se puede apreciar en Venezuela Demo (www.venezuelademo.com): ahí están disponibles 24 discos-catálogo, donde hay temas de lo más diverso, desde Cristóbal Jiménez hasta La Puta Eléctrica, todo material posterior al año 2000. El responsable es un grupo de melómanos de distintas disciplinas, ELG4, que con el apoyo del Ministerio del Poder Popular para la Información

y la Comunicación montó ese sitio web donde puede escucharse un surco de cada artista en formato mp3. Uno de los miembros de ELG4 es el antropólogo, diseñador gráfico y sobre todo difusor musical Alejandro Calzadilla, autor de un libro sobre salsa, crítico en varios medios impresos e incluso artifice de muchos diseños de discos.

Sin Estado y sin corporaciones

Antes, digamos veinte años atrás, esto era la música venezolana: unas pocas disqueras y, entre ellas, dos grandes, asociadas a los dos principales canales televisivos, y unas pocas más que eran cabezas locales de las transnacionales del disco. Quienes no entraban en la reducida élite de los artistas que tenían contratos de grabación, sueldo y apoyo de una maquinaria de mercadeo para dar conciertos y hasta hacer giras, languidecían en la queja y en el olvido. Comenzaba el sistema de orquestas infantiles, los cantantes criollos se quejaban sin cesar en las tarimas de los restaurantes de carne en vara, y cada diciembre las gaitas salían del Zulia para volver

«Ha habido varias edades de oro para la danza, el teatro, la plástica. Ahora llegó la de la música. Hoy, la música en Venezuela es una de las disciplinas artísticas más profesionalizadas»

a entrar el primero de enero. La ley del uno por uno durante el gobierno de Herrera Campins ayudó a consolidar un elenco de estrellas de los ochenta, entre las que conservan su popularidad Ricardo Montaner y Franco de Vita, pero gracias a haber creado, cuando tenían la oportunidad, públicos fieles en otros países latinoamericanos. El rock y el jazz se mantenían más o menos subterráneos, con la excepción de fenómenos como Sentimiento Muerto.

Pero desde entonces la actividad no ha parado. Y hoy, en un mundo donde las disqueras parecen ser una especie en extinción y tanta música se descarga de Internet, se han ido abriendo camino la perseverancia y el ingenio, aunque apareció un sello dedicado a viejos y nuevos talentos, donde confluyen el maestro Gerry Weill, Báez, Alexis Cárdenas u Orlando Poleo, Cacao Música, uno de cuyos socios es el grandeliga y amante del jazz latino Bob Abreu. Los discos de Cacao Música se venden no sólo en discotecas, sino también en cafés, librerías y hasta el Festival de la Lectura de Chacao que se hizo en la plaza Altamira.

Los jazzistas han sido tenaces, el Festival Nuevas Bandas creó un circuito de emergencia de nuevos talentos desde los mismos colegios, y el sistema de orquestas ha provisto en todas partes instrumentistas que salen de la música académica para unirse a la venezolana, al jazz o a las fusiones. Compositores experimentales como Alonso Toro, Julio D'Escrivan y Paul Desenne han grabado los discos que realmente quieren

hacer, no lo que el mercado les dice que hagan. La salsa ha salido de los barrios, se han ido construyendo puentes entre Venezuela y las ciudades extranjeras donde se han establecido músicos venezolanos prestigiosos —Otmaro Ruiz en Los Ángeles, Leo Blanco y Aquiles Báez en Boston, Orlando Poleo en Ámsterdam, por ejemplo— y la tecnología ha permitido que muchos creadores, sin disqueras, sin estudios, sin apoyo comercial, hayan encontrado el modo de componer, grabar y difundir su trabajo. Hoy hay muchos locales con música en vivo, hay espacios como el auditorio de CorpBanca donde se dan conciertos semanalmente, y cada fin de semana, al menos en la capital, el melómano tiene realmente mucho de donde escoger. Lo mismo en una discoteca como Esperanto, llena de producciones locales que en general tienen muy buen diseño y una satisfactoria calidad de sonido, además de la del material que contienen. Gonzalo Grau logró que una producción independiente fuera nominada al Grammy como mejor disco tropical latino, mientras Gabriela Montero lo hacía con su disco de improvisaciones sobre música barroca.

Un flautista como Huáscar Barradas se ve en vallas publicitarias. Rafael «el Pollo» Brito toca y canta en Venevisión pero también en circuitos muy respetados. Hoy la música venezolana, y la música de distintos géneros hecha en Venezuela, vive un gran momento. La Ley de responsabilidad social en radio y televisión, mejor conocida como Ley Resorte, obligó a las radios a transmitir material nacional y a los músicos a proveérselo, con efectos colaterales lamentables como el llamado neo folklore. Luis Julio Toro, el gran flautista que toca en el Ensemble Gurrufío, dice que la Ley Resorte no fue pensada para que estallara «esta maravilla», sino para apoyar la vieja fórmula del arpa-cuatro-y-maracas. Lo que ha emergido ante el público, dice el músico caraqueño, ha sido una sorpresa para los legisladores, pero no para quienes, como él, sabían desde hace años lo que se venía preparando.

Valentina Hidalgo puede pasar horas hablando de lo que ella ha encontrado, y de lo que apoya con su trabajo, en un tenaz voluntariado. Ella es una periodista enamorada de la música que empezó a apoyar a artistas pop hasta que Aquiles Báez le mostró lo que guardaba el movimiento creciente de la música venezolana. Ahora se encarga de la difusión en medios de la fundación Movida Acústica Urbana —en adelante, MAU—, que reúne seis ensambles desde hace dos años: el ya mencionado C4 Trío, Kapicúa, Encayapa, Los Sinvergüenzas, Nuevas Almas y César Orozco Kamarata Jazz. «Éste es el momento de la música en Venezuela», dice. «Ha habido varias edades de oro para la danza, el teatro, la plástica. Ahora llegó la de la música. No solamente la de la académica, con Dudamel y el sistema de orquestas, que ya tiene treinta años y ha formado músicos en todo el país, que se han convertido en intérpretes de la música de sus regiones y de otras del país. Se han dado otras iniciativas que han ayudado. Yo era una de las que se oponía a la nueva ley uno por uno, pero luego, trabajando con los músicos, me di cuenta de que independiente de quien la promulgó ha sido una buena oportunidad para que los intérpretes de música venezolana muestren su trabajo, se sometan a una crítica sana y al juicio del público,

y eso los hace mejorar. Hoy, la música en Venezuela es una de las disciplinas artísticas más profesionalizadas».

La MAU comenzó con un ciclo de conciertos en Corp-Group y se estableció cuando consiguieron que todos los miércoles tuvieran una sesión de *jamming* en Discovery Bar, en la avenida Tamanaco de El Rosal. Esa noche a la semana debe ser uno de los epicentros más intensos de la actividad musical local, en el mismo municipio de Chacao —que tampoco es el único— que ha hecho del festival Nuevas Bandas un patrimonio cultural, oficialmente. De hecho, dice Valentina Hidalgo que hay una larga lista de espera de grupos del interior que quieren tocar allí. En Discovery Bar la MAU grabó un disco en vivo, con fondos propios, y planea producir un DVD del concierto en el Aula Magna que planifica para septiembre, para lo cual estaba en búsqueda de patrocinantes cuando se escribió esta nota. Comenta Valentina Hidalgo que hoy los músicos tienen una actitud distinta: han dejado de quejarse y se han dedicado a trabajar duro. Apuestan fuerte al contacto con el público en vivo y menos a que una embajada venezolana en el exterior les consiga un recital fuera. «Serenata Guayanesa y Ensemble Gurrufío tienen décadas tocando afuera, pero no hay mecanismos de distribución internacional para sus discos», continúa Hidalgo. «No se debe morir en el concierto organizado por la embajada. Uno tiene que hacer el trabajo de los agregados culturales, que ni ahora ni nunca han hecho mucho. Suena muy bien decir que fuiste a tocar a Alemania, pero eso no abona mucho

para la difusión de nuestras artes. El maestro Abreu y otras personas deberían hacer más. Y en materia de música los venezolanos somos muy capaces de hacer cosas. La idea es trascender».

Mucho por hacer

El crítico musical Juan Carlos Ballesta fundó la revista *Ladosis* con Xavier Landa y Vicente Corostola para reflejar este movimiento y atender la curiosidad de los muchos melómanos locales, que no tienen acceso a una publicación musical seria. *Ladosis*, gratuita pero a color, bimensual y ya con cuatro ediciones en la calle, es de hecho una ventana a la diversidad de propuestas que están sonando por estos lares, desde el hip hop de Tres Dueños hasta la mamadera de gallo de Los Hermanos Naturales. Ballesta dice que la ley Resorte ha hecho bien hasta cierto punto, pues todavía discrimina mucho a la música tradicional sobre los otros géneros que también se ejecutan aquí: «Del modo en que se hizo, modifica la segmentación que tanto costó construir». Dice Ballesta que todo el espectro musical en Venezuela ha ganado en calidad, no sólo por los músicos, sino porque todo lo que tiene que ver con producción ahora es mucho más profesional, como el sonido en los conciertos o el diseño de los discos. «Hace años veías grupos donde alguno de los integrantes no daba la talla. Ahora ya no es tan común. No quiere decir eso que todo lo que se hace es bueno, hay de todo, por supuesto. Pero se han cosechado los frutos de cosas como el sistema de orquestas, una buena

LOS QUE SABEN, TIENEN PUNTERÍA PARA LLEGAR A SUS CLIENTES

Con el Nuevo Postgrado en Mercadeo del IESA

- Es el único Postgrado en Venezuela diseñado para Mercadeo
- Pénsum de estudio con materias que se ajustan a las realidades del mercado
- 5 trimestres de duración
- Horario que te permite trabajar
- Los profesores son reconocidos profesionales tanto nacionales como internacionales
- Posibilidad de financiamiento con la banca privada

Para más información, teléfonos: (0212) 555.4371/555.4354
dominatusmarcas.iesa.edu.ve
admisiones@iesa.edu.ve



IESA es la única institución en Venezuela acreditada internacionalmente



GERENCIA Y LIDERAZGO RESPONSABLE

demostración de lo que significa planificación a largo plazo, que nos ha dado algo que otros países mucho más reconocidos musicalmente en el mundo, como Brasil, Argentina, Cuba o incluso Colombia, no tienen».

Ballesta apunta que la diáspora ha ayudado a enriquecer la mirada de los creadores, así como la necesidad interna de expresarse que tienen muchos venezolanos en distintas disciplinas. «Paradójicamente, la crisis ha contribuido», apunta. «Yo creo que esto sí llegó para quedarse. Lo que sería

Algo está pasando, y no es sólo en la capital. Es una efervescencia, un renacimiento cultural en medio del oscurantismo de la política y la amenaza permanente de la violencia urbana. Algo que trasciende la fama planetaria del sistema de orquestas infantiles

importante es que los músicos puedan vivir dignamente y no tengan que emigrar por esas razones o por otras de índole político. En diferentes épocas ha habido nombres que han trascendido, pero ahora hay más cantidad y calidad. Los músicos de Venezuela viven mejor ahora, son mejor tratados, pero todavía en ese sentido hay mucho por hacer».

Valentina Hidalgo siente que todavía hay que combatir muchos prejuicios. Ella ha sabido de empresarios de espectáculos que prefieren pagar la multa que tener a un artista local de telonero de su atracción principal. Y lamenta que en los medios haya tanto desconocimiento del patrimonio musical: «Hay que ayudar a los generadores de opinión a que entiendan que la música venezolana es más que arpa, cuatro y maracas. Hay música que la mayoría de los venezolanos no conoce y que estuvo mucho tiempo sin escucharse por la radio». Para ella, si los argentinos han difundido su cultura, también lo pueden hacer los venezolanos, si se forman buenos gestores culturales, por ejemplo, «a la altura de sus artistas. E ir a escuchar las propuestas donde estén tocando, en Fuerte Tiuna o en Trasncho Centro Cultural. Hay mucha energía en gente que está apostando a lo afirmativo venezolano, como diría Augusto Mijares, que el país sí tiene una cara amable que mostrar. Se han ido construyendo cosas maravillosas».

Antes de partir para estudiar una especialización en ingeniería de sonido en Nueva York, Víctor Marín Viloria escribió un libro de entrevistas a distintos actores del movimiento musical venezolano y lo distribuyó por correo electrónico entre sus amigos. Explicó que lo hacía «como un regalo a mi ciudad». Músico él mismo, aprovechó su acceso a la escena musical para entrevistar al crítico de música académica Einar Goyo Ponte; al saxofonista Pablo Gil; al vibrafonista Alfredo Naranjo; a los guitarristas y autores Rafael Gómez y Álvaro Paiva; a dos de los músicos de la interesante banda afrocelta Gaélica; y a tres músicos que han devenido también productores o DJ, Kuámasi, David Rondón y Andrés «Trujillo» As-

torga. Otros músicos como Juan Ángel Esquivel y Diego «el Negro» Álvarez se sumaron a esas conversaciones. El libro se llama *¿A qué suena Caracas?* y recoge las respuestas que todos sus entrevistados dieron a esa pregunta, pero también sus distintas percepciones de lo que están viviendo.

Todos coinciden en que ahora trabajan mejor que antes, o al menos que la productividad es mayor, así como el estándar en todos los eslabones de la cadena. Pero también apuntan lo que debe corregirse. Rafael Gómez, ex cantante del celebrado Bacalao Men, echa de menos más constancia y profesionalización, así como una infraestructura más compleja que incluya *managers* y pagos organizados para el trabajo de los músicos. Diego Álvarez cree que el próximo paso debe ser «la conquista de la infraestructura independiente, del enamoramiento de la empresa privada y que, a través de eso, se encause la internacionalización de lo que sucede, que es realmente la meta principal». Alfredo Naranjo se queja del «saboteo balurdo» de la política y de que cuando vino Elton John el telonero era el colombiano Fonseca, mientras Einar Goyo Ponte deplora los conciertos privados que ha estado haciendo el sistema de orquestas: «Diría que es un momento de claroscuros, un momento de mucha luz, pero puesto en un ambiente que no presagia demasiado la conservación permanente o garantizada de esa luz por el tiempo que uno desearía». Pablo Gil sostiene que en los años ochenta había muchos más locales para tocar que ahora, aunque dice que sus martes en el Suka Bar del Centro San Ignacio representan el trabajo más largo que ha tenido; su sensación luego de escuchar a muchos proyectos distintos es que hay muy buenas intenciones pero resultados inconclusos; es música que no ha cuajado.

En resumen: la actividad musical en Venezuela ha mejorado en muchísimos ámbitos, es intensa y generosa, es rica y atractiva para un público creciente. Pero necesita más. *Managers*. Productores de espectáculos respetuosos. Disqueras, o lo que sea que vaya ahora a sustituirlas. Necesita que muchos de sus ejecutantes se exijan aún más a sí mismos, sea para promocionar su trabajo o para no conformarse con el material que tienen. Necesita, sobre todo, más mercado, y por ese debe salir: el mercado venezolano no es suficientemente grande como para financiar este movimiento, para hacerlo una industria, mucho menos si está tan dominado por el reguetón o el pop que manda Miami. Hay que enseñar a apreciar, como quien enseña a apreciar el vino o el fútbol americano o el cine de acción de Hong Kong. Hay emigración, que no significa ruptura y que a veces produce regresos productivos. Félix Allueva, el presidente de la Fundación Nuevas Bandas, dice que el momento es especial, pero no necesariamente positivo, y que vienen tiempos difíciles en cuanto a libertad de creación y distribución. Como en tantas cosas, el tiempo dirá si toda esta música que está sonando tendrá un eco que persista con los años. ■

Rafael Osío Cabrices
Periodista